

El dragón y la joven

Estas son dos historias cruzadas, una trata de una joven y un dragón, la otra de un príncipe y su respectivo el hermano. Todo ocurre en un pueblo pequeño, remoto y perdido de la mano de Dios, hace muchos, muchos años.

Por una parte, tenemos a una dulce y joven niña a la que le encantaba leer, pero en su casa no la dejaban, siempre le regañaban y le daban la misma excusa: “tu trabajo es otro que perder el tiempo con esas lecturas y fantasías tuyas”. Pero ella era más lista, así que cogía prestados libros de donde pudiera, tanto de casas de vecinos, como de librerías, e incluso de la mismísima casa del alcalde... Y con la excusa de ir a coger flores, leía y leía durante horas, en un pequeño prado repleto de rosas alejado de ese pueblucho que tanto odiaba.

En uno de sus días de infancia, paseando, se encontró con una cuevecita, le llamó la atención ya que, por dentro, tenía muchas tonalidades azules, lilas, magenta... decidió meter la cabeza pues la cueva era tan pequeña que no le cabía ni medio cuerpo, lo que ella no sabía es que encontraría un bicho, parecido a esos en libros sobre reptiles que consiguió de la sección de naturaleza en la biblioteca del doctor del lugar. El reptil se asemejaba a los que ella conocía pero, realmente, era único y ella lo sabía. Desde ese entonces continuó yendo a verlo todos los días para crecer juntos y descubrir que era un dragón...

En el otro lado del pueblo tenemos a dos hermanos, Sebastián, esbelto, guapo, intelectual y deportista; y a Gabriel que, bueno, no se sabía todavía cuál era su talento. Gabriel realmente moría de ganas de tener el reconocimiento y el respeto de su padre y del pueblo. Un día decidió salir del castillo y al pasear se topó con algo extraño, una joven saliendo por la ventana con algo entre las manos. “Alto ahí” gritó Gabriel al que pensaba que era un ladrón. Este echó a correr y el príncipe fue tras él, pero era rápido, tan rápido que pensaba que le había perdido. Hasta que se dio cuenta de que no era así, vio cómo se quitaba el pañuelo del cabello y se desataba la falda, no lo perdió, simplemente, no estaba buscando a un ladrón, sino a una joven con un libro entre las manos, una joven que había salido de los límites del pueblo. Al ver aquello, curioso, decidió seguirla, pero esta vez sigilosamente, pues parecía que hablaba con alguien, o algo...

¡La cabeza de un dragón! No lo podía creer, era un dragón y era gigantesco, pensaba que tan solo era una roca hasta que se percató de que aquella parte no era más que una de sus cabezas. El dragón parecía inofensivo y pensaba incluso en acercarse,

pero entonces a Gabriel se le ocurrió una idea. Bajó corriendo, la joven lo vio y siguió sus pasos. El chico pensaba que si derrotaba una fuerza maligna, conseguiría la aprobación del pueblo y una vez de vuelta al pueblo y en medio de la plaza comenzó: “Queridos ciudadanos míos hoy lo he visto, he visto al dragón de la profecía, aquella que exige darle al dragón una joven cada treinta días, pero no os preocupéis, yo os...”

“Yo, yo me ofrezco voluntaria” dijo la joven, Pandora se llamaba. “No es necesario, yo la protegeré” continuó él. El poblado entero se echó las manos a la cabeza, se oía: “no es necesario”, “llevar a la pueblerina”, “sabemos que es valiente, no podemos perderle” ...

Ante la presión del pueblo Gabriel accedió a llevar a Pandora al dragón, Pandora se encontraba muy tranquila pues sabía que era todo mentira, llevaba años con ese dragón. En realidad, era su mejor amigo, le gustaba sentarse cerca de las cabezas y hablarle, sentía que era el único que le escuchaba...

En el viaje de vuelta al prado Gabriel comenzó a hablar: “¿Por qué haces esto?, arruinarás mi momento”, “ambos sabemos que no me va a comer, ¿por qué mientes?”, respondió ella. “Necesito ser un buen candidato para proteger a mi pueblo, ganarme el respeto de mi padre, el rey”, contestó “¿realmente quieres eso?, ¿mentirías a todos solo para conseguirlo?”, replicó Pandora. Jamás he querido ser príncipe o rey, hay demasiados requisitos, yo lo que realmente quiero... (pausa súper dramática) es ser panadero, dijo él con mucho entusiasmo. Pandora se echó a reír y gritó: “¡pues seamos panaderos!” Él pensaba que estaba tomándole el pelo, pero ella se subió al dragón y le hizo una señal a Gabriel para que subiera.

Y así, tiempo después de emprender el camino, ambos encontraron un lugar donde mantener al dragón a salvo y poder cocinar pasteles y panes.

Y en el pueblo, el príncipe Gabriel Rodríguez Martín de la Corte y todos los Santos II, al no volver, pasó a ser una heroica leyenda sobre cómo salvó al pueblo, la leyenda del dragón y la joven.

Thais María Marsá Peña, 1º de Bachillerato B
2º Premio de 1º de Bachillerato

